

Discipulado nº 13



Ha sido interesante el descubrir que la humildad nos trae tantas enseñanzas preciosas para nuestras vidas espirituales. Hemos descubierto que sin humildad no hay conocimiento de sí mismo y, por tanto, falta la sabiduría; en otras palabras que para conseguir la sabiduría, necesitamos ser humildes. También aprendimos que luego de conocernos tal cuál como somos, debemos aceptarnos con todos nuestros atributos positivos y negativos; para realzar los positivos y cambiar los negativos y saber sobretodo que Dios nos ama, con amor eterno y que somos aceptados por Él como hijos, con todas nuestras virtudes y defectos.

Vamos a analizar a continuación el tercer grado de la humildad: EL OLVIDO DE SI MISMO.

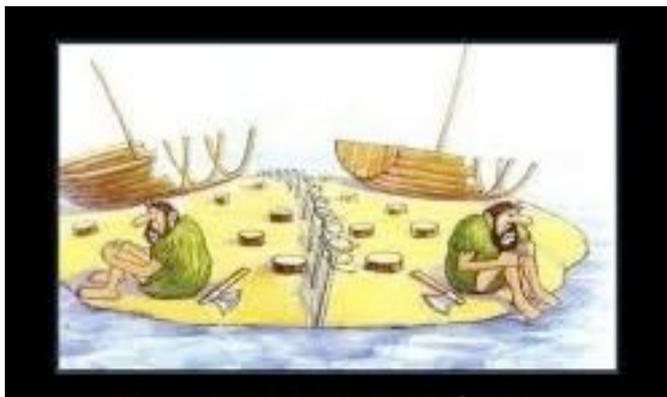
EL OLVIDO DE SI MISMO.

Mateo 16:24,25. "Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. 25 Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará".

Jesús en este pasaje hace una llamada a aquellos que quieren ser sus verdaderos discípulos. Un discípulo debía entregarse totalmente sin condiciones; en esa entrega no solo estaba incluido los bienes materiales, y la propia familia; sino que Jesús pide mucho más, lo pide todo. No tener ya nada propio; ni un pensamiento, ni un deseo, que no sea el de seguirle a El. Entregar la vida, a fin de vivir para Dios.

Uno de los obstáculos mas difíciles de superar en el camino de la entrega, de

la humildad y de convertirnos en verdaderos discípulos; es el egoísmo, cuya función es centrar el pensamiento en sí mismo.



El orgullo y la soberbia llevan a que el pensamiento y la imaginación giren en torno al propio yo. Muy pocos llegan a este 3er nivel, de olvidarse a sí mismos. La mayoría de la gente vive pensando en sí mismo, "dándole vuelta" a sus problemas.

El pensar demasiado en uno mismo es compatible con saberse poca cosa, ya que el problema consiste en que se encuentra un cierto gusto incluso en la lamentación de los propios problemas. Parece imposible pero se puede dar un goce en estar tristes, pero no es por la tristeza misma sino por pensar en sí mismo, en llamar la atención.

El olvido de sí no es lo mismo que indiferencia ante los problemas. Se trata más bien de superar el pensar demasiado en uno mismo. En la medida en que se consigue el olvido de sí, se consigue también la paz y alegría. Es lógico que sea así, pues la mayoría de las preocupaciones provienen de conceder demasiada importancia a los problemas, tanto cuando son reales como cuando son imaginarios.

El que consigue el olvido de sí está en el polo opuesto del egoísta, que continuamente esta pendiente de lo que le gusta o le disgusta. Se puede decir que ha conseguido un grado aceptable

de humildad. El olvido de sí conduce a un sano abandono que consiste en una despreocupación responsable. Las cosas que ocurren -tristes o alegres- ya no preocupan, solo ocupan.

El último grado de la humildad es el **Darse**.

Este es el grado más alto de la humildad, porque más que superar cosas malas se trata de vivir de amor. Si se han ido subiendo los escalones anteriores, ha mejorado el conocimiento propio, la aceptación de la realidad y la superación del yo como eje de todos los pensamientos e imaginaciones. Si se mata el egoísmo se puede vivir el amor, porque o el amor mata al egoísmo o el egoísmo mata al amor.

Una persona humilde al librarse de las alucinaciones de la soberbia ya es capaz de querer a los demás por sí mismos, y no sólo por el provecho que pueda extraer del trato con ellos.

Cuando la humildad llega al nivel de darse se experimenta más alegría que cuando se busca el placer egoístamente. La persona generosa experimenta una felicidad interior desconocida para el egoísta y el orgulloso.

Hechos 20:35. "En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir".

DARSE Y ENTREGARSE... AL SEÑOR.

En el pasaje de Lucas 10:38-42 (Leer), donde se nos relata la historia de Marta y de María, encontramos dos singulares formas de darnos y entregarnos al Señor Jesús: La adoración y la acción.

La mayoría de veces que oímos o leemos mensajes relacionados a este pasaje,

encontramos que, siempre se enfatiza la labor de Marta como negativa y la de María como la ideal, como la que todos debemos imitar; pero creo que nos debemos enfrentar estas dos formas, porque las dos son maneras de darse y entregarse al Señor. Las dos son necesarias para un cristiano.

Esto me hace recordar una ilustración que leí, de un hombre que vivía enamorado de los automóviles y de las carreteras. Cuando Viajaba, no se detenía ante nada ni para nadie; sólo pensaba en sí mismo y en su coche. Hasta que, en cierta ocasión, un consejero –de esos que saben aconsejar oportunamente y en el momento preciso- le dijo: tarde o temprano, amigo, tendrás que detenerte a repostar gasolina o no llegarás donde pretendes. Combustible y horizonte (lejos de oponerse) se complementan. Adoración y acción (lejos de enemistarse) son necesarias para vivir la vida cristiana.

¿Somos Marta o María?.

Creo que la Biblia nos dice aquí que lo que hace María debe ser primero y lo que hace Marta debe ser segundo. Pasen tiempo con Jesús y después hagan lo que tienen que hacer. Adoremos como María, y trabajemos como Marta. Si lo único que hace María es sentarse a estudiar y nunca hace nada, está pecando de una manera completamente distinta. Pero si es como Marta y lo único que hace es estar ocupada, ocupada, ocupada, moviéndose de acá para allá y de allá para acá, quedará distraída, ansiosa, turbada. Así que la clave es: María primero y Marta después.

La adoración y después el trabajo. Adore a Dios antes de su trabajo para que pueda adorar a Dios en su trabajo. Hagamos el trabajo que Dios nos ha encomendado, no tratando de alcanzar nuestro potencial sino más bien nuestro llamado. No necesitamos meternos de

voluntarios a tratar de salvar el mundo, a tapar cada hoyo y satisfacer todas las necesidades. Ese trabajo ya lo hace alguien. En cambio, pase tiempo con el Salvador del mundo, y pídale que le muestre cuál parte de la misión le ha encomendado para que le sirva. Por lo tanto queremos el corazón de María, y las manos de Marta.



De esta manera completamos el ciclo de humildad que nos hemos propuesto seguir en este tiempo: Conocernos, aceptarnos, olvidarnos y darnos al Señor en adoración y trabajo en Su obra.

QUIERO DARME, SEÑOR.

Como Marta, allá donde mi mano sea necesaria,
y como María, al silencio para estar contigo
Como Marta, para mitigar la sed del sediento
y, como María, para llenarme del agua viva de tu pozo.

QUIERO DARME, SEÑOR.

A Ti, que sales al encuentro del que te busca
y, también, allá donde mis hermanos reclaman mi presencia
A Ti, que buscas la mirada de mis ojos.
y, a Ti, sin vivir de espaldas al necesitado de cariño
Sí, Señor; quiero darme y entregarme

Como, Marta, en los mil detalles de cada jornada
y, como María, arrodillándome ante el Misterio de tu Palabra
Como, Marta, no olvidando mis dones de generosidad
y, como María, no dejándote siempre para el final.

QUIERO DARME, SEÑOR.

Sintiendo el gozo de ofrecermee con lo poco que tengo,

sabiendo que estando Tú conmigo no me faltará nunca tu aliento en mi caminar
Déjame, Señor, como Marta servirte con lo que soy
Déjame, Señor, como María sentarme a tu lado
Déjame, Señor, como Marta agasajarte
Déjame, Señor, como María mirarte a los ojos

iii QUIERO DARME Y ENTREGARME, SEÑOR!!!.

